

ARTURO PRAT,

## HUMANISTA Y CRISTIANO

Por

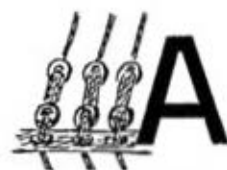
Eduardo TAMPE Maldonado  
Capellán, Armada de Chile

★

A la memoria de mi hermano Alejandro Tampe Maldonado y compañeros, fallecidos trágicamente durante una misión de reconocimiento el día 17 de septiembre de 1975. El, mejor que yo, vivió las palabras del Maestro de Galilea: me enseñó a amar con el amor de padre, esposo, hijo, hermano y hombre de armas.

"Entendedlo bien: si el dueño de casa supiera a qué hora de la noche va a llegar el ladrón, estaría en vela y no dejaría perforar su casa. Por eso mismo, estad también vosotros preparados; que a la hora en que menos lo penséis llegará el Hijo del hombre. Dichoso aquel criado a quien su Señor al volver, lo encuentra haciéndolo así".

(Mateo 23,43-46).



AL LEER el trozo evangélico, se ve que Jesús celebró al "servidor fiel y vigilante, cuya lámpara estuvo siempre encendida" y espera a su Señor que podrá llegar en cualquier momento.

Si reflexionamos sobre los antecedentes que nos han legado los historiadores acerca de la vida y obra del capitán Arturo Prat, he pensado que la parábola del Evangelio se hizo carne y sangre en su vida; hasta dónde él pudo ser consciente de eso, no sabemos. El Señor es el que juzga, pero El mismo advirtió que todo aquello que se realiza con humanidad en bien de los demás, por insignificante que sea ese otro, con el mismo Señor se hace, y en eso consiste el Reino de los Cielos.

En efecto, nuestra Patria y el mundo entero pudieron apreciar en el capitán Prat al hombre humanista, al letrado, al hombre de los libros y de las academias, al artista . . . , pero, ante las exigencias del bien común, y, en este caso, el bien común era la Patria que lo llamaba porque lo necesitaba con urgencia, abandonó la quietud del trabajo intelectual para responder al llamado de ella, y servirla en las empresas más comprometidas, por duras y difíciles que fuesen. Es el caso de recordar a Bossuet, genio de la oratoria, que expresara: "Maldita la ciencia que no se convierte en amor".

Si el joven capitán Prat en un momento entregó su vida en holocausto por la Patria, lo hizo porque todos los instantes de su vida fueron para los demás, es decir, el amor lo vivió en plenitud. El amor a la Institución, la devoción a la Patria, su confiada fe en Dios, su sentido y profundo amor familiar, la simpatía con sus amigos y la cordialidad para los que llegaban a él, fueron algunas de sus valiosas virtudes.

En una de sus clásicas novelas, satiriza Aldous Huxley este afán de "vivir más" tan típico de nuestra época; afán de vida larga, de vida vegetativa, que lleva al protagonista de la obra incluso a renunciar a su "ser humano" con tal de asegurarse una inmortalidad biológica. ¿Qué importa pensar... amar? Sólo interesa vivir.

Pero hubo otras épocas: épocas en que la nobleza era algo más que una palabra o un blasón. Y esas épocas comprendieron que una vida verdaderamente humana no puede valorarse por los años vividos, por las hojas muertas arrancadas a un calendario. No son los años los que ennoblecen la vida de un hombre, sino lo que el hombre hace con sus años; no es el surco lo que importa, sino la semilla en él. Ser noble consistía en obligarse a empresas gloriosas, jalonando la ruta con grandes "hazañas"; se pensaba menos en evitar la muerte y más en construir con la vida algo que valiese la pena; no se vivía por vivir, sino para algo que daba precisamente sentido a la vida y que, por lo mismo, estaba más allá de lo puramente biológico.

Siglos antes de Cristo el autor del "Libro de la Sabiduría" recordaba esta verdad tan fácil de olvidar, y la resumía en una frase aparentemente paradójica: "Consummatus in brevi explevit tempora multa" — "En breve tiempo consumó su vida, pero cumplió una larga carrera". No es el tic-tac de un reloj el que determina el "más" o "menos" de una vida; es el corazón del hombre el que marca el verdadero tiempo humano, y un latido generoso es "más" vida que un montón de años estériles.

Los lugares no ejercen influjos de magia sobre los hombres, pero sí son evocadores de imágenes y de ideas. Cuando los hombres tienen sensibilidad y pene-

tración de espíritu, los antiguos modelos no pasan inadvertidos por más que la bruma de los años haya borrado la nitidez de su contorno.

El capitán Prat era de esos hombres dotados de gran sensibilidad y penetración espiritual; era chileno y cristiano católico; el pasado en su hogar, los años transcurridos en su escuela, y su sabiduría, no dejaron vacíos en su espíritu. Ese pasado, esa escuela y esa sabiduría fueron moldeando en él su personalidad. Y por eso podemos expresar sin temor a equivocarnos, que como hombre fue ante todo un individuo responsable y autónomo. Su responsabilidad y su autonomía se definen en relación con el ambiente en que se mueve. Responsabilidad frente a lo que se debe hacer; seriedad frente a las obligaciones que se han asumido; fidelidad a la palabra dada; capacidad para hacer lo que se ha prometido: todo eso dice la palabra "responsabilidad". Y cuando un hombre ha dado pruebas de ser esto, merece el elogio: éste es un hombre. Este fue Arturo Prat.

Tergiversaríamos la imagen de Arturo Prat si lo consideramos como un buen romántico vuelto al pasado y discurriendo por los escritos solamente; miró hacia el pasado para recoger su sabiduría y corregir sus errores; se encarnó en el mundo que le tocó vivir penetrando sus problemas. Los hombres de armas corren el riesgo de deshumanizarse; sin embargo, el capitán Prat, en medio de lo complicado de sus labores profesionales, no perdió su calidad humana. Entre los afanes del conflicto bélico, sus ojos estaban puestos no en algo, sino más bien en alguien: le interesaban sus compatriotas y especialmente sus compañeros de armas. En éstos se refleja el amor a la Patria, a su querido Chile.

Pero Prat no sólo fue el servidor de un grupo de compañeros que cumplieron un desempeño histórico; a semejanza del servidor fiel del Evangelio, su lámpara brilló para la comunidad chilena, y aún más, podemos decir que brilló para la comunidad humana. Superando divergencias y criterios aparentemente opuestos, hizo viajes que lo relacionaron con otros lejanos lugares, y así pudo, no sólo estrechar manos, sino también situaciones cara a cara.

El Señor vino casi sorpresivamente a buscarlo y lo encontró velando: su lámpara de trabajo y de servicio para los demás estaba encendida.

El había presentido la llegada de su Señor, pues tenía prevenidas todas las cosas que debían ocurrir después de su muerte.

Nosotros hemos quedado, una vez más, más pobres que antes; sin embargo, los cristianos podemos— a pesar de nuestra pobreza— celebrar la muerte; porque "ninguno de nosotros vive para sí mismo; como tampoco muere nadie para sí mismo. Si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así es que, ya vivamos, ya muramos, del Señor somos. Porque Cristo murió y volvió a la vida para eso: para ser Señor de

mueertos y de vivos". (Epístola a los Romanos 14,7-10).

La muerte de Prat, aunque muy sentida, no sorprendió a nadie; todos la esperaban desde que se reveló su alma y su genio. Tal presentimiento se explica muy bien: los hombres como él, una vez que han cumplido su misión, deben morir. En la tierra no se puede ser demasiado grande sin molestar a muchos; sólo en la eternidad se puede crecer inmensamente sin sofocar a nadie; se puede ser ángel o héroe, pues en el infinito hay lugar para todos y la envidia que se arrastra no puede subir hasta los cielos.

Por eso es que desde esta tierra le digo al capitán Prat: "Vé hacia la luz, vé hacia la paz, vé hacia el amor humano, que es belleza siempre antigua y siempre nueva".

